

Puntos sobre las íes en la literatura colombiana

A *Eduardo Santos*
PRIMERA PARTE

Escribe: LUIS VIDALES

I — LA TRANSCULTURACION

A mayor edad, menos acuerdo me asiste con esta forma de crítica para la cual el desenvolvimiento de nuestra literatura, en el tiempo, fue y es, una especie de idilio. Tengo para mí que la literatura colombiana nació del resplandor de una gran lucha, habida cuenta de que cronistas y poetas contribuyeron, como conquistadores también, a la destrucción de las civilizaciones indianas, y con estas, de su cultura. A la sombra del nuevo idioma y los modos nuevos, que surgen del alumbramiento de las fundaciones, lo indiano acaba por ser solo un recuerdo. Y cuando el aborigen canta, es para dolerse de los símbolos europeos de la invasión. Los testimonios escasean. Pero, ¿no es suficiente acaso con esta cuarteta?

*“Suruba loma
nevin ra
canán cruz
nigua gra”.*

¡Cuánto dolor en el mínimo poema coconuco!

*“Subí a la cumbre
allí me senté
hallé una cruz
me puse a llorar”.*

Y bien. No habíase consumado la destrucción —la misma que ahora pretende negarse; la misma que obliga a una eminencia como Ramón Menéndez Pidal a la negación en desafortunado libro sobre el Padre Las Casas— cuando ya despunta en la literatura la diferenciación entre lo

extraño y lo propio. Unos cronistas, movidos por el interés de justificar la conquista, se complacen en pintar, con muy poco respeto histórico por cierto, a las potencias aborígenes como fuerzas en decadencia física y moral. Otros tomarán el mismo partido del Padre Las Casas, y es así como nace en nuestro suelo la poesía de los defensores. ¿Qué es, si no, Juan de Castellanos, el Ercilla de Tunja, cuando dice en sus *Elegías* al conquistador de la isla de Santa Margarita:

*“Mirad, señor, que no tratais agora
con los del Nuevo Reino de Granada
donde toda bondad y virtud mora
y es gente cuerda, noble y asentada”?*

Esta disociación de nuestra literatura comienza desde entonces su lento proceso de acumulación, a uno y otro lado de estas preferencias. No bien cumplida la conquista guerrera, el sacerdocio se dedica a una verdadera tarea de hormigas, la catequesis. Aprende los idiomas aborígenes, redacta catecismos en estos, a la par que prohíbe a los nativos hablarlos, bajo pena de pecado y de muerte. De esta lucha de idiomas, transparente instrumento de la transculturación, se pasa a la modelación de conciencias. Muy pronto, en 1576, se abre el primer colegio de frailes; en 1602, el Seminario; en 1653, el Colegio del Rosario y, caso curioso en la historia, es la escolástica, derrotada en Europa desde los tiempos de Ocams, la ideología que reverdece en América. Surgen los teólogos, los latinistas, los retoricistas, vale decir, los “razonadores en frío”, pegados más de la letra que del espíritu, formalismo que —¡aún hoy!— nos persigue y expresa, sociológicamente hablando. Naturalmente, la cultura es entendida como cosa de muertas edades y, aparte de esto, como cosa extranjera. No puede haber ejemplo más elocuente que aquel que nos patentizan los poetas Miguel de Espejo, Cristóbal de León, Sebastián García, hijos de conquistadores, nacidos ya en el país, a quienes nada les inspira su suelo, pese a que son testigos de su belleza, por haber sido expedicionarios en las reducciones de indígenas. Bien es cierto que ya no firman, como sus progenitores iberos, “con el fierro con que herraban las vacas”, como lo dice Juan Rodríguez Freysle, pero se expresan entre los matorrales, en los descansos, en epigramas latinos, en octavas reales o en sonetos, en una temática que no pasa de ditirambos a los personajes de España, elogios de libros y hasta la que no llega lo propio y vital. Nada siquiera de la España popular —del romance o la copla gallega—. Y es así como surge en Colombia, para mal de nuestras culpas, esta curiosa poesía sin oxígeno propio y sin poros, solo 40 años después de fundadas Bogotá y Tunja. Después, esos tres precursores del extranjerismo cultural en el país, han tenido más de una réplica en muchos de nuestros períodos literarios.

II — LO AMERICANO, EL ASOMO SOCIAL, EL CULTERANISMO

Por oposición, un hilo progresivo, que parte de las descripciones de los propios cronistas, robustece el ámbito americano en nuestra literatura. Sin contar a don Juan de Castellanos, patriarca de esa corriente, se hace

tangible el gusto por lo propio, dentro de los límites obligados de la colonia. Tan tímidamente como se quiera ver, es lo cierto que en ella se manifiesta una reacción contra lo acostumbrado. Y otra versión sobre lo aborígen, fuera de la oficial, se hace objetiva. Ahí están fray Pedro Simón, con sus *Noticias históricas* y Lucas Fernández de Piedrahita, con su *Historia general del Nuevo Reino de Granada*, discípulo del hoy vilipendiado Las Casas, para comprobarlo. Y ahí está Juan Rodríguez Freysle, con su espectacular *Carnero*, obra en la que se patentiza la primera culminación, acaso, en este debate que se agita en el seno de la literatura colombiana. Porque, ¿qué es el *Carnero*, sino una vuelta del mismo, al trocar la expresión de los cronistas por el asunto social? Este solo hecho, a tan temprana edad del país, le confiere a Rodríguez Freysle un rango de faro en nuestra literatura.

Con Hernando Domínguez Camargo, el choque con el criterio de la literatura oficial es muy claro. Tal como ocurrió, verbi gracia, con el Arcipreste de Hita, para no citar sino este caso de literatura popular, el menosprecio del texto y la cátedra ha cubierto siglos enteros. Fue necesaria una decantación muy larga, y un aflojamiento de los lazos pseudo-académicos, para que el poeta bogotano surgiera en todo su esplendor, en su gran señorío lírico y pudiera verse, en el fondo de su poesía, a nuestra Colombia tangible, vertida al universo del canto, pero lejos de todo foranismo sin deglutir. En su *Poema heroico de San Ignacio de Loyola* y en su tomo de poesías líricas, es siempre nuestro suelo el punto central de la inspiración. Y como para que se supiera qué tan pronto comenzó la lucha contra este gran poeta colombo-gongorista, nos dejó estas palabras, dirigidas al presidente del Nuevo Reino de Granada, don Martín de Saavedra, en cuyas manos puso el *Poema heroico*: "No fiéis de otros ojos este papel sin que tu censura lo mejore, que es cueva de basiliscos nuestro siglo y es achaque de mi pluma pisar en cada letra un áspid".

III — EL TRANSITO DE LA TEOLOGIA A LA NATURALEZA

Quienes conocen la secreta relación entre la literatura y la ciencia, en que esta es madre de aquella, tendrán que detenerse, al hacer un enfoque consecuencial de nuestro desarrollo literario, en el *Tratado de astronomía*, de fines del seiscientos, obra del licenciado don Antonio Sánchez de Cozar Guanieta. Para evaluar, como ahora decimos, hasta qué punto este cura de almas, de la parroquia de Vélez, desperfeccionó el reinante mundo teológico de su tiempo, bastará con decir que volando, ora como seguidor, ora como maestro, por los cielos de Galileo, Keppler, Bacón, Descartes y Newton, estampó en su tratado estas palabras: "El mundo, y todo el sistema planetario, se rigen por leyes naturales".

¿No es esta la correspondencia exacta con la obra contemporánea de un Simón, un Fernández Piedrahita, un Rodríguez Freysle o un Juan Bautista Toro, cuyo *Secular religioso*, dentro de la escuela del hoy odiado Padre Las Casas, es el más patético monumento a la defensa del indio, expoleado por los corregidores de Indias?

IV — EL MUNDO INTERIOR

De la misma manera que las manecillas del reloj y la escritura se desplazan de izquierda a derecha, así las literaturas pasan de la conquista del territorio físico, y el alma de sus gentes, al territorio espiritual. Y entre nosotros, lo que consiguieron muy tarde culturas como la italiana, con Italo Svevo; la francesa con Marcel Proust; la inglesa con Joice, lo logra nuestra tierra en plena colonia, con la Madre Castillo. Nadie, entre nosotros, se había propuesto descubrir el universo que bulle en el propio interior, con el fin de darle lenguaje en la literatura. Francisca Josefa del Castillo y Guevara, vino a la vida dotada para tal empresa. Por supuesto que no vino del aire. Todas las corrientes subterráneas de nuestra literatura anterior conducían a ella. Lo que debe admirarse es la disponibilidad de que estaba dotada e incluso las mismas sugerencias del medio, en su propia y particular existencia. Enfermiza, como Proust, y como este obligada a las penumbras interminables en el tiempo de un aposento; dedicada a la lectura de la Biblia y de los clásicos españoles, y luego recluida en un convento de Tunja, lo que en aquella época significaba, además, estar al tanto de lo que ocurría en el mundo social, la monja nos deja los dos *bestsellers* de la literatura colonial en nuestro país: *Vida de la venerable Madre Francisca de la Concepción, escrita por ella misma* y *Sentimientos espirituales de la venerable madre Francisca Josefa*. Estos relatos, transidos de sus padecimientos mentales y del drama de sus inquietudes trascendentes, seguirán siendo un ejemplo vivo de encarnar lo propio, lo íntimo, en una forma literaria y de echar el ancla, con toda decisión, a las profundidades de nuestro ser. Y como poeta es igual. Solo la crítica melindrosa que nos ha acompañado desde las aulas, intenta desmejorar a este ser, en su poesía, testimonio elocuente del más grande espectáculo de sensibilidad en nuestra historia literaria.

*“El habla delicada
del amante que estimo
miel y leche destila
entre rosas y lirios”.*

V — UNA EMPRESA DE IDENTIFICACION NACIONAL

Una cosa es cierta. No existen literaturas encerradas en sí mismas, como el líquido en las botellas de Leyden. El transvasarse es en ellas una ley general y las filtraciones externas, de que en gran modo se alimentan, recorren el más variado orden de cosas. Sin la presencia borbónica en España, saturada de los aromas de la ilustración; y sin la premura, hartamente tardía, de enfrentar al mundo industrial inglés, en la pugna de este por el predominio mundial, seguramente nuestra pobre colonia no hubiera contado con una obra tan grande, de tectación del país, como la llamada *Expedición Botánica*, que la metrópoli promulga, después de siglos de volvernos la espalda, en Real Cédula de noviembre de 1783, es decir, cuando las aguas de la historia europea e inglesa en particular, y las nuestras propias, subían de codos. Y seguramente, sin la *Expedición* el desarrollo de nuestra literatura hubiese tomado otros rumbos. Fue esta empresa la

piedra de toque que nos trajo a nuestra propia realidad, no solo en cuanto a los impulsos libertarios que el conocimiento del país pudo infundirnos, sino en lo atingente a una nueva manera de escribir y de concebir la literatura, más cercana a nuestro contorno y a nuestras gentes. Tomó allí fuerza el lenguaje de la misma independencia y, desde luego, la literatura se aclaró con nuevos contenidos y fue orientada por nativos imanes.

El signo que define, en efecto, a los escritores de entonces, miembros muchos de ellos de la *Expedición*, no es solamente el de buscar en la literatura, al través de las investigaciones científicas *in situ*, la realidad nativista, sino que toma acusada presencia en el *enser* de las letras, desde entonces, uno de los rasgos que más las caracterizan al través de su historia: el de que el escritor es a la vez actor interesado en la contienda social y política del país. Así, de esas fuentes, han surgido, lógica y peculiarmente, haciendo diferencia con los demás países de esta parte del mundo, los Estados Mayores de nuestras transformaciones, también mayores.

VI — EL PERIODISMO

En cualquier otro país que no sea Colombia hablar sobre el periodismo en un *rapport*, así sea tan mínimo como el presente, sobre el desarrollo literario, resultaría un contrasentido. Tan diferentes son los carriles de una y otra expresión del idioma escrito. Entre nosotros, el abecedario periódico no se separa del literario, no solo por ausencia de oportunidades de factores externos, como el editorial o el que dice relación con los sistemas circulatorios del libro, hacia los lectores interesados, sino porque nuestro periodismo difiere, en esencia, del de todo otro pueblo, en lo que va en mucho, a nuestro modo de ver, la célula misma en la cual se formó como criatura viviente. Si se repasa nuestra prensa, la de orden histórico ya, desde la *Gaceta de Santa Fe de Bogotá*, el *Papel Periódico de Santa Fe de Bogotá*, el *Correo Curioso, Erudito, Económico y Mercantil de la ciudad de Santa Fe de Bogotá*, *El Redactor Americano*, *El Alternativo del Redactor Americano*, hasta *El Semanario* de Francisco José de Caldas, no es difícil encontrar esta disposición cultural adherida al propio ser de nuestra prensa, de la que hoy mismo no hace abandono, como algo que le es inherente y que establece cierta diferencia con lo que hoy se llama "prensa moderna". Ya desde 1944 nos llamaban la atención los periodistas de Río de Janeiro sobre esta particularidad de nuestra prensa, la que ellos acaso no entendían muy bien, pero que por lo que respecta a nosotros, colombianos, hacemos votos porque perdure para siempre.

VII — NUESTRO LEONARDO DE CABECERA

Como la historia es humorista, el hecho de ser un país atrasado nos permitió contar siempre con grandes figuras, descollantes, de la inteligencia. No son pocos los analistas que se han detenido en la consideración de esta particularidad de los pueblos en los cuales la preocupación pública, y la ocupación pública, desde luego, no radican en un desarrollo de las fuerzas materiales. Parece que en ellos, la personalidad puede gozar de las grandes abarcaduras de tiempo y espacio que son necesarias para el

silencioso y moroso trabajo de forjar sus perfiles, para el propio perfeccionamiento. Y es importante aprehender este fenómeno, hartamente curioso, por cuanto en él puede hallarse la explicación valedera de algo que mucho nos ha caracterizado en Colombia: la de los presidentes gramáticos y, en general, la de los no pocos personajes que alternan en nuestra historia la política, la acción aguerrida y la literatura. El primero de ellos, o el más alto, cuando por acción de la *Expedición* la cultura pasa de manos del clérigo al laico (algo "sensacional" en lo que no reparamos, habitualmente) es ese Francisco José de Caldas, una especie de Leonardo por los andurriales del trópico, figura que el país no esperaba, ni pedía, ni se había propuesto "intencionalmente" forjar, pero que está, de cuerpo presente, dentro de la penuria cultural del país. Astrónomo, botánico, físico, geodesta, ingeniero, literato y, por supuesto, líder de la Independencia, este joven sabio es uno de los principales redactores de los trabajos de la *Expedición Botánica*. Lo mismo escribe obras como el *Tratado de la geografía del Virreinato, con relación a la economía y al comercio* y *El influjo del clima sobre los seres organizados*, en las que la identificación del mundo nativo corre parejas con la maestría del estilo literario, que fabrica sus propios instrumentos para la investigación científica, tal como le ocurrió con el barómetro, de su virginal creación, en el fondo de la recoleta colonial, cuando hacía 30 años era empleado en Europa. Durante la campaña libertadora, este joven erige en Antioquia, como coronel de ingenieros, una fundición de cañones, inventa una máquina de taladrar fusiles, una de moneda y establece fábricas de pólvora y nitrería y, de paso, funda en Medellín la Academia de Ingenieros Militares. Fue él el descubridor del principio de que "el grado de calor que adquieren los líquidos antes de hervir depende del peso de la atmósfera y por consiguiente de las alturas sobre el nivel del mar", el que, entre otras cosas, fue divulgado por Humboldt en Europa, a su regreso, sin mencionar al autor... Prisionero en el Colegio del Rosario, Pablo Morillo, a quien ahora defienden los mismos que atacan al Padre Las Casas, ordena su ejecución. Y los mismos, en un país primario, en que el "machismo" y la historia andan juntos, le tachan de cobardía, solamente porque el embebido sabio solicita clemencia mientras concluye la teoría astronómica que ocupa todo su ser. Por cierto que la nota de la autoridad española, al pie del memorial, reproduce exactamente el mismo criterio: "Negada. España no necesita de sabios".

VIII — ZEA

El tránsito en Colombia del "clerc" religioso al laico es algo que está íntimamente vinculado al "hacer" revolucionario de la Independencia y, por lo mismo, al subterráneo desarrollo de nuestra entidad nacional, considerando al "clerc", desde luego, no en el sentido estricto de Julien Benda, sino en el más amplio de forjador de cultura o, llanamente, escritor. La aclaración tiene mérito, porque dicho tránsito no fue entre nostros de tipo espontáneo o meramente evolutivo, sino que él encarna una lucha, más o menos abierta, contra las formas tradicionales de la ideología, empotradas, en primer término, en la educación que debían consumir, como el pan de todos los días, nuestras generaciones de turno. Y a este respecto, el ensayo juvenil del imberbe estudiante de teología Francisco Antonio Zea,

“Hebiphilo”, en el que aboga porque la juventud se consagre al estudio de la naturaleza nativa, en contraposición a las imperantes elucubraciones silogísticas del tomismo, sin arraigue en la realidad conocida, es reflejo de la impetuosidad que habían alcanzado las ideas libres en la adormecida colonia. A hombre de tales preocupaciones la *Expedición Botánica* le llegó de perillas y a ella ingresó, siendo este el campo, a la sombra del gran Mutis, en que su formación tuvo lugar. Este teólogo, jurista, naturalista, filólogo en francés y lenguas antiguas, es también líder de la Independencia, con las obligadas estaciones, como otros, en la cárcel de Cádiz. En Madrid, es designado director del *Gabinete Botánico* y allí escribe la obra *Memoria sobre las quinas de la Nueva Granada*. Nombrado catedrático de botánica en la Universidad de Madrid, el discurso de inauguración resulta ser una pieza maestra, que el rey ordena imprimir. Edita en la capital española el semanario *Agricultura* y luego *El Mercurio de España*. Es miembro de la “Sociedad Médica de Emulación”, de la de Farmacia, de la de Filomática, de “Los Observadores del Hombre”, de la francesa de Ciencias, Artes y Literatura”. Edita el *Correo del Orinoco*, órgano del ejército libertador, en imprenta instalada en plena selva, entre Venezuela y Brasil, periódico que fue el principal organizador de la campaña emancipadora de Venezuela. Es presidente del Congreso de Angostura, vicepresidente de la república, embajador ante Inglaterra y Francia. ¿Puede haber prototipo igual de “clerc” colombiano?

IX — EL PRECURSOR

Es incontrastable el poder de olvido, en que nuestro país es campeón. Si así no fuese, la abarcadura de la Independencia sería un campo de profunda observación de las leyes ingénitas de nuestra formación de pueblo, en sus defectos y cualidades y, desde luego, una mina riquísima de temática para todas las expresiones de la cultura, por tratarse de uno de esos “vientos de historia” en que la aventura arrebató a hombres, destinados por su propia actividad, a la quietud de los gabinetes y bibliotecas. Aparte de esto, la tremenda capacidad de “adormidera” que distingue al país, ni permite consolidar ninguna tradición (de la buena) ni darle el “alto ahí” a los merodeadores más o menos sinceros que pugnan, con cierto desespero, por amoldar nuestros acontecimientos, y sus actores, a sus esquemas mentales desuetos o cavernarios, adulterando, en ocasiones atrozmente, la historia. Es apoyándose en esta contingencia de nuestro haber sociológico, que permite difundir noche oscura sobre lo que ayer sucedió (ayer no más), que los preconcebidos se lanzan a corroer, para fines “non sanctos”, los pies de nuestras estatuas mayores, tal como aún le ocurre a don Antonio Nariño, con lo que a la postre resultan ser los más amnésicos, es decir, los más *colombianos*. Nariño, en puridad de verdad, escapa un poco a su inclusión en los cuadros de la literatura del país, si no contamos como tal su labor periodística, su función de pensador político y el famoso documento de su defensa ante el senado de la república balbuciente. Pero “clerc” es en el más hondo sentido de la palabra, si nos atenemos a su lucha ardida —intelectual, guerrera, política— que le hace romper lanzas por el centralismo democrático, puesto que su visión corresponde, íntegramente, a los dominios de la nuda cultura. Sobre todo si entendemos que

cultura es cultivo. Quien lea con atención *El príncipe*, del florentino genial, y observe en sus páginas la lucha por reunir a la Italia dispersa en el común denominador de la unidad nacional y se asome luego al archipiélago del país, en la Independencia, con su localismo económico y su lugareñismo político y militar, comprenderá la altura a que espigaba la idea nariñista, así estuviese equivocado en la modificación de un esquema que la estructura general imponía tiránicamente. También Maquiavelo se equivocó. Fuera de esto, Nariño, el fino, el irónico, el polemista mordaz, al vaivén de la varia fortuna, el visitante forzado de *La Carraca*, de Cádiz, el prófugo, el presidente del Estado Soberano de Cundinamarca, el centralista, el federalista, el viajero con equipaje de máquinas agrícolas y bibliotecas para la Nueva Granada, el acusado de desfalco de fondos por la Metrópoli y sus corresponsales en la colonia, que no cejan en la difamación, es un Chaplin de tomo y lomo, cuya vida agri-dulce está pidiendo el celuloide del film. Un día el vice-presidente en ejercicio del mando, general Santander, va a verle en su enfermedad, a la casona de la primera calle Florián. General Nariño, le dice cuando le ve levantarse de su silla frailuna con intención de bajar la escalera para recibir al primer mandatario; no baje usted que yo subo; a lo que responde Nariño: "Es que, para que suba el general Santander, Nariño debe bajar".

X — UN ALEGATO INMORTAL

Grande es el poder de lo escrito cuando él emana de la razón, o es la imantación, en un ser, de las corrientes subterráneas de un pueblo. Algo así fue la "Representación del Cabildo de Santa Fe a la Suprema Junta Central de España", en la que culmina, por modo eminente, el grito por la opresión de tres siglos. En esa voz del alto jurista, de irrefutable razonamiento, alienta el clamor de un país, en el más elevado y depurado estilo del idioma español. Aquel documento, destinado a probar el derecho que asistía a los americanos a gobernarse por ellos mismos, está hoy en pie, y es página antológica de nuestra literatura. Su autor, Camilo Torres, fue presidente del congreso y de la república y formó parte de la generación fusilada por Morillo, en 1816. Ahora, con los alientos del "hispanismo", hay quienes defienden a Morillo, exculpándolo de lo que hacían sus corchetes, pero lo que se guardan los silogistas del golillismo es que Camilo Torres, y mil más, cayeron teniendo como lápida sepulcral la estructura española, de la que Morillo fue representante auténtico en la Restauración. Y esto es lo que cuenta.

XI — NACIMIENTO DE LA HISTORIOGRAFIA

Se nos está haciendo tarde en Colombia sin que aparezcan los historiógrafos que el país está necesitando como aporte de primera mano a su conformación nacional. Hace ya rato que estamos esperando salir del recuento del movimiento de tropas, sucesión de batallas, nombres, fechas y, por sobre manera, exaltación excluyente de figuras aisladas, llegadas al mundo, para salvarnos, por los rayos de la revelación medieval. No más almárgos de documentos polvorientos no analizados, sopesados, estudiados a la luz de la sociología moderna. La historia, así no sea creación, es

interpretación, y es como interpretación que debe sacar a luz los modos generales y particulares en que se expresan los pueblos. Si no se conocen esas "hechuras", esos "moldes" en que los pueblos muestran la peculiaridad de su desarrollo, de sus formas de lucha, de sus simpatías y sus antipatías y de sus "reflejos condicionados" (por decirlo así), ¿cómo diablos van a tantear su futuro? Hoy pueden leerse libros enteros sobre el Perú, por ejemplo, en los que lo único que falta es la sola ley de su estructuración en tanto que pueblo, la misma que está y seguirá pesando en su conjunto de clases: la de que el Perú no quiso jamás la independencia; fue liberado de España por la fuerza exterior, del Sur, de San Martín, y por la fuerza exterior del Norte, de Bolívar y Sucre. En la actualidad, a estas alturas de la historiografía moderna, contentarse con decir que España echó rueda atrás en América con la esclavitud indígena y negra, es quedarse en las tibiezas del cobertor. Es necesario medir ese hecho, en el terreno concreto, con la vara de la demografía histórica, para conocer la trascendencia que para todo el porvenir de estos pueblos tuvo ese movimiento de regresión de la conquista, cuando ya en Europa la esclavitud había sido despedida como sistema social y económico de trabajo. Pues bien. Todos los asomos de una historiografía de este talante pueden ser apreciados en la *Historia de la revolución de la república de Colombia*, la obra en que don José Manuel Restrepo aparece como un sagaz y erudito observador de los hechos, a los que ve concatenadamente y proyecta en más de una ocasión sobre el fondo social y económico de su tiempo. Después de esta brillante iniciación de los estudios históricos, es menos perdonable el estado de atraso que pesa sobre ellos, en esta época en que adquieren en el mundo categoría realmente científica.

XII — APARICION DEL TEATRO

Cuando hablamos sobre aparición del teatro nos referimos a la parte del *autor* y no a la del *actor*, pese a que debería existir una vinculación indisociada entre ambas, puesto que la una no puede vivir sin la otra. Si observamos cómo surgió el teatro en Europa —el moderno, se entiende— vemos la plasmación de sus dos alas, y Shakespeare y Molière son ejemplo de ello. La imantación *autor-actor* se mantiene a lo largo de la pintoresca historia de las "troupes" o cómicos de la legua, en las que hay que ver la escuela en que el teatro ganó sus fueros de arte, al través de siglos de vagabundaje farandulero, aún no clausurados. Si algo le falta a los numerosos grupos actuales de teatro en Colombia es esta identificación con el pueblo, de cuyo contacto deberán surgir algún día autores y actores, no pocas veces de sus propias entrañas. Lo importante es que se entienda que se trata de un trabajo largo, y arduo, ausente a la improvisación, puesto que el espejo europeo nos muestra que el teatro viene de lejos, de la Grecia remota y el auto sacramental; del altar y del atrio y el corral y solo toma residencia autónoma y perfiles modernos con los aires del Renacimiento, y aquello que pueblos viejos hicieron en centurias no lo haremos nosotros, vive Dios, en unos cuantos días apresurados. "Sentar cabeza", es la receta mejor para estos grupos, tanto más cuanto que nuestra tradición no es en absoluto abundante, como lo es la europea en las andanzas de escena y tramoya, esto es, en la escuela de actor, y en su

práctica. En ello radica que la creación teatral se resienta en Colombia de cierto "intelectualismo", en el período de su iniciación; pero no vamos a criticarle este defecto inculpable, de mera contingencia histórica. Lo que nos parece muy importante es que esa creación teatral haya nacido entre nosotros como expresión de los sentimientos de libertad, y estos del hombre americano, tal como se patentiza en las obras de José Fernández Madrid *Atala* y *Guatímoc*, que marcan los primeros hitos en nuestro arte de escena. Con ellas, y con las poesías de este autor se inaugura en Colombia el ciclo romántico-francés, que luego irá a culminar en *La María*, de Isaacs. Las dos obras, ellas mismas, están escritas en verso. Al describir el conflicto de las creencias y los sentimientos patrios en dos seres que se aman (*Atala*) lo mismo que al reproducir el sacrificio del emperador de los aztecas, condenado a la hoguera, en que tan fecundos han sido aquí y acullá los dominadores iberos, Fernández Madrid está señalando, en estas tragedias, rumbos muy ciertos a la raíz misma del teatro, independientemente de la calidad de su técnica. Y en el radio social lo hace Luis Vargas Tejada (poeta, dramaturgo, fabulista, prosista y "septembrino") el caso más espectacular de autodidacta de toda la historia de la literatura colombiana, poeta en francés directo, quien además sabía alemán, inglés y, posiblemente italiano, si nos atenemos al influjo que se transparenta en *Las convulsiones*, la graciosa comedia en que se mofa de los desmayos femeninos (con las correspondientes gotas de Hoffman) que fueron la moda y el hazmerreír de su tiempo. En *Doraminta* es más hondo, de mayores alcances, pero siempre con su punta de humor. Se trata de un drama en que la prometida de un príncipe derrocado se apodera del mando, para compartirlo con él, en una trama que le sirve al autor para defender la igualdad de los sexos. Acaso sirva de algo saber que el autodidacta Vargas Tejada, al morir, tenía 29 años.

XIII — LA ERA INGLESA

Quienes se resisten a ver y aceptar, las relaciones bien entabladas que existen entre economía y cultura, harían bien en asomarse a lo que ocurre en nuestro país, durante el ciclo inglés en las relaciones económicas externas de la nación, cuando se instaura la era de la minería. No es posible negar que estas nuevas relaciones de producción sirven de cubierta al comercio, a los usos y costumbres, a la literatura. La gente se viste a la inglesa, consume productos ingleses, y "vestidos" y "consumos espirituales" entran de Inglaterra a la expresión literaria. Ya en la época del general Santander, quien enternecedoramente se viste de manta socorróna para ejemplo de sobriedad y colombianismo, que aún no le entienden hoy, las corridas de toros se sustituyen por las carreras de caballos (Inglaterra contra España), y el propio general Santander asiste a estas, en son de edificante actitud contra la Metrópoli derrotada en la guerra pero no en las costumbres de nuestro pueblo. Después, nuestra sociología se trajea de inglés. Se da el caso de la dama que abre paraguas de invierno a las dos de la tarde, en la calle real de Bogotá, simplemente porque a esas horas debe estar cayendo un chaparrón de nieve sobre Piccadilly, de Londres. Y entonces, por el mimetismo no debe faltar, como en la naturaleza no falta, aparece el *Gonzalo de Oyón*, de don Julio Arboleda, trascendiendo

las esencias de Byron. Y, claro es, como se trata de una de las alas en pugnacidad permanente en nuestra literatura, que la crítica no apunta, ni está en su retina, en el vasto poema (¿épico?) don Julio Arboleda se propone exaltar, y loar, el “espíritu caballeresco de la conquista española”, a la que desea presentarnos como una obra cristiana. Aquí, como se ve a las claras, el gran poeta de Popayán se separa un tanto de Byron, su modelo lírico, quien pensó venir a la lucha por la Independencia de América y quien se batió como bueno en defensa de Grecia contra la invasión musulmana. Así se hace la historia. Y la literaria también.

XIV — LA POESIA POLITICA

Esto de la poesía política se nos ha vuelto un enredo, del que aún no logramos desatar el ovillo. ¿Debe el poeta, sí o no, hacer poesía política? ¿Debe el Estado, sí o no, exigirle al poeta que la haga? ¿Es buena o es mala la poesía política? Anteriormente no se presentaban estas perplejidades en que intervienen todas las potencias, éticas y estéticas, para denigrar o alabar esta forma de poesía, y, desde luego, una u otra posición del poeta ante ella. Dante hizo su poema altamente político, con inclusión de nombres propios, esto es, de personajes conocidos, en la alabanza y en el vituperio. Le persiguieron, sí, pero estéticamente, poéticamente, su poema es cimero, y así lo reconoce el consenso universal, hoy en día. Entonces: ¿no estaremos desgañitándonos inoficiosamente por algo que se resuelve en el territorio, azás difícil por cierto de acceder, de las altas calidades poéticas? Lo encantador (digámoslo así) de este tema, es que no tenemos que ir muy lejos los colombianos, recorriendo culturas y buscando ejemplos, para afirmar o infirmar una tesis u otra. Aquí tenemos a nadie menos que al mismo Julio Arboleda, singular poeta-guerrero, alternando el campo de batalla con la lira contra el gobierno de José Hilario López, cuyas reformas incluyen la libertad de la esclavitud. Arboleda era vendedor de esclavos al Perú, lo que le valió el dictado de “mercader de colombianos con otra nación”, endilgado desde el parlamento nada menos que por su propio copartidario José Eusebio Caro. Ello no fue obstáculo para que don Julio escribiera largos y amargos poemas contra José Hilario López, tal como el titulado *Al congreso de la Nueva Granada*, en el que dice:

*“¡Oh! jóvenes magnánimos que el lúcido camino
trillado por los mártires, seguís entusiasmados:
¡Venid, llenad las cárceles, que purgan los pecados
de amor a nuestra patria, a Dios y a la virtud!
¡Venid!, seréis las víctimas, y el pueblo granadino
verá con reverencia el ópimo tributo
que por guardar el orden, al déspota absoluto,
a López el tirano, pagó la juventud”.*

.....

*“Doquiera se reúnen mis nobles compatriotas,
doquiera bulle el genio ardiente de Granada,
la libertad germina, la libertad amada,
que en mil combates fieros supimos conquistar”.*

Pero no solo él fue precursor de la poesía política en Colombia. Le acompaña en ello el propio José Eusebio Caro ("la vida es una lámpara apagada / solo su luz se la dará la muerte") quien, a decir verdad, no se queda atrás de Pablo Neruda en la acerbía con que fustiga a un presidente, en este caso José Hilario López, en quien ve algo así como la encarnación del demonio y, por lógica extensión, su heraldo socialista, para que después se hable por las personas de idéntico criterio al suyo, en contra de la poesía política. Pues bien. Existen muchas clases de libertad y todo parece depender del cristal con que se la mira. La libertad cantada por estos dos poetas políticos es de tipo especial. El gobierno de José Hilario López es el resultado de la revolución democrática de 1849, encabezada por las "Sociedades Democráticas", compuestas por artesanos e intelectuales jóvenes. Se hace entonces una reforma de tierras, una de orden tributario y se da libertad a los esclavos, motivos suficientes para crear una convulsión en el seno de aquella sociedad feudataria. Julio Arboleda suelta la péñola y empuña la espada. Y José Eusebio, el joven de alta inspiración romántica ("Cercos fatal, maravilla en que centro yo hago / Yo, proscrito, prófugo, pobre, infeliz desterrado") se expatría por su cuenta y desde Nueva York lanza su diatriba lírica *La libertad y el socialismo*, contra José Hilario López, cuyo gobierno, está visto, entendía la libertad en forma diferente:

*"¡Oh! López: sal, pregunta por la tierra
cuál es más vil y odioso de los dos:
el salteador que al monte se destierra
y hace a los hombres sin disfraz la guerra,
mofándose de Dios,
o el fariseo infame que de hinojos
ora contrito al pie del sacro altar
y va, con dulce voz y dulces ojos,
del huérfano y la viuda los despojos
hipócrita a usurpar?"*

Todo el poema es revelador del desasosiego de las clases pudientes por las reformas de López. José Eusebio lo dice así, sin ambages:

*"Que al demagogo que, en traidor arcano
celando su venganza y ambición,
hace la corte al pueblo soberano,
sube al poder, y ejerce a salva mano
rapiña y proscripción".*

A decir verdad, poco de socialismo tenían las reformas, las que eran, más bien, la voz de una burguesía incipiente. Pero la vieja tradición colombiana, ese basilisco que nos ha acompañado y nos acompaña hasta en el plato de la sopa, vio en ellas el demonio del socialismo, y no tuvo empacho en decirlo, nada menos que en verso (en prosa era la comidilla de los salones y el estruendo de los combates), por boca de su más alto poeta del momento, el joven y ya maduro José Eusebio:

*“¡Eso es el socialismo! ¡El socialismo
que, su fealdad queriendo disfrazar;
él, hijo de ambición y de ateísmo,
de libertad se atreve y cristianismo
la estirpe a reclamar!*

*¡Ese es el socialismo! Hoy atavía
con falsos nombres su genial horror.
Su nombre Galia supo darle un día;
su nombre dice más que tiranía;
¡su nombre es el terror!*

*—Modelos de virtud y de hermosura,
madres cristianas, prez de Bogotá:
¡Llorad!, de vuestro llanto la amargura
cuál es la libertad nos asegura
que el socialismo da”.*

En esto (vale decir en la poesía política) vino a parar este librepensador, adicto a Voltaire y a los enciclopedistas de la primera juventud, pero que marca toda su ideología frente a los acontecimientos populares de 1849 y reajusta todo su destino —el político y el de gran poeta— a los cánones del conservadurismo militante, en un país donde la versión de la historia y, claro, la de la literatura, han sido patrimonio del estamento privilegiado, con su corresponsal o “correspondiente” de altísimo rango, por muchísimos años, en la España añorada: el señor Menéndez y Pelayo, cuya profunda sabiduría lo hace intocable y cuya fama se dilata por todo el ámbito cultural castellano, pero que precisamente se vale de ello (se vale de los poderes que naturaleza le dio y se recuesta a sus anchas en su propia personalidad) para ejercer una crítica en que salen gananciosos, con exactitud cronométrica, todos los escritores y poetas cuya versión de la conquista, la colonia y la república coincide con la de España, y en que los otros quedan relegados, vive Dios, a las tinieblas exteriores... Después de esto, preguntamos: ¿No es necesario poner los puntos sobre las íes en la historia de la literatura colombiana?